





La mala luz

Carlos  
Castán



# La mala luz

Carlos  
Castán

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen

© Carlos Castán Andolz, 2013  
Esta edición c/o SalmaiaLit, Agencia Literaria

© Ediciones Destino, S. A., 2013  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: octubre de 2013

ISBN: 978-84-233-4724-7  
Depósito legal:  
Impreso por  
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Para V.*





«Recordaba que mi padre solía decir que la  
razón de vivir era prepararse para estar muerto  
durante mucho tiempo.»

W. FAULKNER, *Mientras agonizo*

«Estábamos muertos y podíamos respirar.»

PAUL CELAN, «Recuerdo de Francia»,  
*La arena de las urnas*

«Explicar con palabras de este mundo  
que partió de mí un barco llevándome.»

ALEJANDRA PIZARNIK, *Árbol de Diana*, 13



# I

## El monstruo

«El monstruo estaba hecho de miedo.»

WILLIAM LINDSAY GRESHAM,  
*El callejón de las almas perdidas*



# 1

(muerto tras estos ojos)

Los dos nos habíamos mudado a Zaragoza recientemente, en el transcurso de unos pocos meses, primero Jacobo y luego yo, ambos recién separados, todavía con la marca de la alianza en el dedo, ese anillo de piel algo más pálida que funciona para el mundo como una especie de emblema de soledad recién estrenada y moderadamente vergonzante. Supongo que cada uno de nosotros iba huyendo de lo suyo. Él con la intención de iniciar una etapa distinta, tras su jubilación anticipada, y yo puede que de algún modo siguiendo sus pasos, no tanto por el alivio que suponía poder contar con su compañía de vez en cuando, como seducido, creo, por la poderosa fascinación que siempre han ejercido sobre mí los principios, los cuadernos en blanco, las vueltas a empezar, cualquier situación que, de una manera o de otra, pueda relacionarse en mi imaginación con naves ardiendo en remotas bahías o casas dejadas atrás sin previo aviso, como si nada, sin darle a la cerradura las vueltas de rigor, dejando sobre la mesa los platos sucios que se usaron en la cena de la noche anterior. Gente,

por ejemplo, que sale de la cárcel o abandona por fin el hospital tras una tortuosa cura de desintoxicación y, con sus cuatro bártulos, alquila una habitación en un lugar desconocido, lejos de todo lo anterior, y coloca en un vaso que hay sobre el lavabo su cepillo de dientes, mete en los cajones unas cuantas mudas, puede que también un revólver o el retrato de una mujer que apenas se sostiene, y abre la ventana para que entre el aire y empiece la película. Y se ven entonces los neones en los muros de enfrente y el ajeteo de un barrio hostil por descubrir en el que habrá que ir poco a poco sentando plaza. Un concurso de traslados en el momento oportuno, la toma de posesión de un nuevo destino administrativo puede ofrecerte algo parecido a eso, la sensación de estar vivo contra pronóstico y de cuaderno en blanco con olor a imprenta todavía, a la espera de cosas y de tinta. Y todo eso a pesar del cansancio y de las cadenas viejas que sin duda aún habrán de arrastrarse enganchadas a los pies.

Cuando Jacobo me contaba los detalles de su mudanza y los primeros compases de lo que parecía una vida nueva en toda regla, no podía evitar sentir cierta envidia, si se trata de llamar a las cosas por su nombre, porque aunque sea de manera intermitente uno siempre tiende a considerar, por instinto de supervivencia, que está a tiempo todavía de dotar a los días que quedan de algo de sentido y construir una nueva torre en medio de la nada para seguir viviendo: ganas a fin de cuentas de otros escenarios, nuevos rostros, la humilde posibilidad de perderme por ca-

lles que no supiera exactamente antes de empezar a recorrerlas dónde desembocan o entrar a tomar café en bares en los que nunca antes hubiese puesto los pies, una ciudad al fin y al cabo, con sus bajos fondos y sus salas de cine, su Fnac, sus librerías, sus noches parecidas a las noches de verdad. Todo como a escala, como de juguete, pero real en resumidas cuentas y a la vuelta de la esquina. En la pequeña ciudad en la que inicialmente vivíamos (desde hace cuántos años, y qué largo cada uno de ellos), la dulce Provincia, es como si se hubiera ido adensando progresivamente, de un tiempo a aquella parte, la nube de hastío que, como de oficio, ya de por sí, envolvía las tardes a partir de cierta hora y nos metía en los huesos esa humedad de vida ya vivida, de tristeza enquistada y repetida, como un extraño rocío vespertino, una especie de sudor al revés que atravesara, de fuera adentro, los poros de todos los muros y de todas las cosas habidas y por haber y las dejara empapadas de vacío y de pasado y de un cansancio antiguo que te obligaba a pasear medio encorvado, a leer sin ganas, a siestas eternas con tal de no ver de qué lamentable manera agonizaba el tiempo bajo esa mala luz que se adueñaba igualmente de la calle que del interior de las casas y los bares.

Nos habíamos conocido años atrás, Jacobo y yo. Durante bastante tiempo nos veíamos prácticamente a diario, la típica cerveza de después del trabajo, más o menos ritual, que se prolonga cada tarde un poco más, a veces hasta la madrugada. Ese descubrimiento recíproco del uno por parte del otro empezó

siendo eufórico y vital. Faltaban días para llevar a cabo todo lo que planeábamos hacer, y hasta horas en la noche para enumerarlas. Ese tipo de afinidades son ante todo una cuestión de foco, de visión sobre el mundo: de repente descubres a alguien que no sólo coloca en el mismo punto del espacio la fuente de luz, sino que lo dirige en la dirección exacta en la que tú mirabas. Mucha gente decide salirse del mundo de una manera o de otra, pero no es fácil que dos personas vayan a hacerlo a la vez y por la misma puerta, pasando a verlo todo desde muy lejos e idéntico ángulo. Cuando se da una coincidencia así, es posible despreciar y admirar en armonía todo cuanto va haciendo desfilar ante nuestros ojos el mundo circundante, y reírse de las cosas, especialmente de asuntos medio sagrados para el resto de los mortales, temas intocables, cuestiones delicadas que dejan de serlo de madrugada, como por arte de magia a partir de cierta hora, entre el humo de los bares de los que entran y salen a tropezones clientes con sus historias auestas, sombras con gabardina que se pasean por nuestro campo visual y piden copas que beben a solas mientras la música los engulle, personajes de un teatro demasiado pequeño como para ser tomado del todo en serio. A Jacobo le gustaba sobre todo hablar de mujeres, tanto de sus novias del pasado, demasiadas para que mi ajada memoria retuviera la circunstancia y el nombre de cada una con la precisión que él hubiera querido en su interlocutor para no tener que andar repitiendo a cada paso las mismas explicaciones, como de sus conquistas extrama-



trimoniales más recientes. Su cháchara podía llegar a ser una turbadora confusión de niñas soñadas y señoras como leonas, de hazañas más o menos reales con otras que no pasaban de la categoría de intención o proyecto por madurar, todo un laberinto verbal de carne y fantasía en el que yo me perdía con facilidad entre tanto nombre femenino como se mencionaba, tanta carta de aquí para allá, tanta braga para arriba y para abajo. Nunca, ni siquiera en el cine, me han parecido tan deseables las mujeres como contadas por Jacobo, ni tan perturbadoras como a través de su boca las hazañas de amor. Le brillaban los labios al rememorar alcobas y faldas levantadas en los escondites más precarios, pies desnudos haciendo sus dulces tareas por debajo de las mesas más formales, unas veces historias del pasado y otras de cuatro días atrás, rendiciones y arrebatos, el candor y la furia, el desmayo entre sus brazos de lo que parecían damas de leyenda convertidas de repente, como por el efecto de un beso mágico, en hembras sin más, despeinadas y bellísimas, jadeantes y sucias. Al principio temía que, en justa correspondencia, esperase de mí confesiones similares, con el mismo grado de escabrosidad y detalle, pero enseguida se dio cuenta de que yo estaba lejos de sentirme cómodo hablando de esas cosas, ni siquiera en momentos así, cuando los vasos se vacían deprisa y sé que todas duermen.

En contraste con esa especie de fiesta perpetua, justo en el reverso del coñac y la música, estaba también la que fue desde bien temprano la obsesión de

su vida: el horror de los campos de concentración alemanes y todas sus derivas. Su padre había sido superviviente del de Mauthausen, y los años siguientes a la liberación los dedicó, infatigablemente, a dar conferencias y todo tipo de charlas acerca de su experiencia, del deber de recordar y de la extraña culpa por haber salido con vida de un infierno en el que ardieron tantos. Como Primo Levi, cayó en la cuenta del cansancio que terminó por generar en la opinión pública un discurso mil veces repetido, comprobó cómo el mundo dejó de querer escuchar aquel relato de atrocidades fundamentalmente a partir de la guerra del Vietnam, que, como si se tratara de una nueva y vigorosa moda, volvió caduco en cuatro días todo lo relacionado con el espanto anterior. La imagen del horror pasó a ser la del napalm haciendo arder las junglas y no ya más la de los cadáveres desnudos amontonados en la nieve. La Guerra Mundial pasó a ser vieja de la noche a la mañana, y con ella el asunto de los esqueletos andantes, las carretillas llenas de pellejos con rostro, los trabajos forzados, los hornos crematorios y las cámaras de gas. Y también como Primo Levi, acabó sus días dejándose caer por el hueco de la escalera, harto de salas vacías, de oídos sordos y de los ecos terribles de su propio silencio. El legado que recibió Jacobo de su padre, por encima de todo lo demás, fue la culpa. Difícilmente podía perdonarse no haberle escuchado a su debido tiempo más y mejor, haberse hastiado sin disimulo de prestar atención, desde niño, a las mismas historias que solían acabar en un baño de lágrimas que se le

antojaba tan patético como insoportable. Uno se harta siempre de las pesadillas de los demás y de los gritos de madrugada en la habitación de al lado, provengan de quien provengan. Se puede escuchar durante un tiempo, tomar la mano, deshorarse por completo, ofrecer un calmante, un vaso de agua, pero si se quiere de verdad simplemente continuar viviendo no queda otro remedio que terminar por colocar algún tipo de barrera a todo eso, cerrar los oídos y, de una manera u otra, alejarse. Irse de allí, dejar solo al que gime. Es como abandonar a un herido en la cuneta cuando el enemigo se aproxima a pasos agigantados y carece de sentido correr el riesgo de quedarte a contemplar cómo se desangra del todo. Sólo después de morir su padre, Jacobo se interesó de verdad por la historia que contaba aquel hombre derrotado que lloraba con todas las películas, incluso con las comedias *screwball* más desenfadadas, que se hundía en el sofá, que se quedaba inmóvil a veces, mirando al vacío, con la cucharada de sopa detenida a mitad de camino entre el plato y su boca. Lo leyó todo al respecto, lo divulgó como pudo y trató de hacer suya la visión del espanto. Sentía que le debía a su padre las pesadillas que vinieron después, el insomnio, los miedos, las sombras de verdugos rondando la noche entera por cuartos y pasillos. Yo diría que de algún modo extraño llegó a amar ese sufrimiento heredado que entre toneladas de horror le devolvía algo de la ternura del padre, un cierto olor de hogar, el perfume de los viejos castigos soportables y justos. Hay quien conserva como oro en

pañó el reloj de bolsillo de un ser querido, un retrato, una estilográfica antigua o un mechón de pelo a modo de reliquia: Jacobo en cambio tenía ese miedo. Y lo cuidaba a su manera, lo alimentaba con fotografías y recuerdos y libros. Al principio, cuando me hablaba del tema yo me incomodaba un poco y tendía a bajar la mirada sin terminar de saber qué actitud tomar, como cuando de niño tienes que dar el pésame a un compañero de clase que ha enterrado a su madre hace dos días. Nunca sabes si es mejor el silencio o las palabras ante la tragedia, abrazar a alguien, regalarle tu bocadillo o sencillamente dejarlo solo. Sin embargo Jacobo, como si tuviera la lección bien aprendida, tenía cuidado de no insuflarle al asunto una gravedad especial en nuestras conversaciones. Prefería poner el acento en cuestiones más o menos genéricas que le interesaban, tales como las reacciones humanas ante situaciones límite, la supervivencia, el aguante, la fuerza del rencor. Y era increíble la naturalidad con la que de esa cuestión pasábamos a otra cualquiera en nuestras conversaciones; sin darnos cuenta ya estábamos hablando de nuevo de los pequeños chismes del mundo circundante, de música y mujeres, de viajes que haríamos un día y de todos los cartuchos todavía por quemar.

Con todo, creo que al final no acertamos a ser buenos el uno para el otro. Sin querer, nos arrastrábamos mutuamente hasta nuestros correspondientes pozos, imantados por la negrura del otro y la fuerza de sus vórtices. Nunca supimos ayudarnos de verdad en lo que realmente importaba, más bien nos

comportábamos como esos hombres que se ahogan en el mar y que al sumergirse se agarran a sus salvadores de tal modo, con brazos y uñas, que acaban por arrastrarlos con ellos hasta el fondo. Sin decirnos nada, como por instinto, dejamos de vernos tan asiduamente y otra vez el tedio volvió a envolverlo todo. Así estaban las cosas en los meses anteriores a abandonar mi casa y así continuaron después, en la época del apartamento alquilado a toda prisa, la soledad brutal, las persianas bajadas y los cerrojos echados de noche y de día, como si sirvieran para algo todas esas cautelas y las sombras no pudiesen atravesar paredes y poros.



## 2

### (la vida entonces)

Y más o menos así era la vida entonces, antes del traslado. Unas calles heladas y desiertas, un piso recién alquilado con los muebles de otro, el silencio, las horas bajo la bombilla pelada en el techo del salón, el sinsentido que parecía haberse ido posando sobre los objetos, despacio, como se forma sin que nos demos cuenta una capa de polvo, apoderándose de ellos, envolviéndolo todo en una especie de gasa manoseada y gris. Así eran entonces los días de mi vida. Las tardes en casa, sobrecogido. Me siento a veces a la mesa delante de un plato, sin hambre de ninguna clase. Soy la madre de mí mismo, soy a la vez el muchacho que se hunde y la voz que le dice que trate de animarse, que se venga para arriba de una vez, que se cuide un poco, que se meta en la boca, aunque sea sin ganas, unas cuantas cucharadas de arroz, otra más, que verás como te sienta bien, que veré cómo me sienta bien. Recuerdo el miedo que yo era, hecho carne, el amasijo de nervios, y cómo me notaba a mí mismo más o menos como se percibe un temblor, los movimientos bruscos de un corazón agotado que

dentro del pecho parecía ir cambiando constantemente de postura sin terminar de encontrar el sitio. Me veo sentado en la butaca junto a la puerta de cristal que da a la terraza, con el abrigo puesto y abrochado hasta el cuello. No sé si no puedo o no quiero moverme. Es difícil saber eso, sencillamente no me muevo. Me sobresalta cualquier ruido procedente de la calle o de la escalera, el timbre del portero automático cada vez que lo aporrea un cartero o los repartidores de propaganda. Y recuerdo el pavor a volverme loco, a no saber regresar, y también algunas partes del discurso inconexo que se hilaba en mi cabeza, salpicado de interferencias y de ladridos y de música hiriente y preguntas borrosas: quién se me llevó, y adónde, que no me noto aquí, en esta voz que por momentos se pone a hablar sola en mitad de la tarde pronunciando nombres de gentes que se fueron, ni en la mano que traza casi sin darse cuenta estos signos de tinta alucinada (palabras en el idioma tan universal como confuso del temblor) que no es posible descifrar después; ni me encuentro tampoco en estas pobres líneas que me buscan, que sobre las hojas de un cuaderno se preguntan nerviosas por mí, por mi paradero, por qué andaré haciendo a estas horas por qué mundos de Dios, por qué caminos. Y aunque sé que soy a la vez el prisionero evadido que corre sin descanso con los pies heridos y la cuadrilla que, armada hasta los dientes, trata de cercarme y me azuza su jauría, no reconozco como míos los pasos que me buscan en hoteles húmedos, en puertos, en calles solitarias, en camas revueltas, en recónditos



bares (de esos en los que solamente se está una vez porque es imposible volver a dar con ellos, como si quedaran tras nuestra marcha sumergidos en una niebla que no es de este mundo). Ni me veo tampoco en la angustia que me va llamando porque se hace tarde y no aparezco, y grita un nombre que es el mío, o lo fue al menos. Lo repite cada vez más fuerte, cada vez más rota la garganta hasta no ser más que un puro gemido recorriendo los pasajes del laberinto, las orillas del pantano, los bosques de la noche: el llanto de un monstruo que me recuerda.

Suena el teléfono a veces, no demasiadas veces. Algunas no respondo, sencillamente no soy capaz de contestar. Hablar me parece un ejercicio tan imposible como inútil. Otras sí descuelgo el aparato rogando para mis adentros que no sea nada, que se hayan equivocado de número y en realidad nadie me busque ni quiera nada de mí. Tengo miedo de lo que la voz, sea la que sea, pueda evocarme desde el otro lado de la línea, de las cosas que mencione, de las personas que nombre y de los recuerdos que todas esas palabras puedan llegar a desperezar. Tengo miedo de que me hagan llorar. No hay voces amigas ahora. Ni las hay ni las concibo. No existe tal cosa en este momento. Todas, de una manera o de otra, conectan directamente con el mundo, con ese rumor nervioso e insoportable en que se ha convertido el mundo al otro lado de la ventana. Me asomo a mirar de tanto en tanto. No suele haber más que un vacío helado por el que de vez en cuando atraviesa un coche. Va cambiando la tonalidad de los grises según el

momento del día. La peor es la que se corresponde con la hora en que la actividad parece haber terminado y sin embargo no es del todo tarde. Las tiendas permanecen abiertas todavía, se ven luces encendidas en algunas ventanas, siluetas de gente que empieza a poner la mesa, el ruido de los platos y de los cubiertos; por la acera de enfrente un niño se encamina solo hacia su casa de regreso de alguna academia con una mochila a la espalda. Allí afuera, en donde ahora se divisa sólo esta acuarela oscura batida por el viento, hasta hace poco estaba mi vida, una vida de la que me he resbalado como un anciano en una senda cubierta por el hielo. Estoy en la casilla de las tibias y la calavera, no recuerdo cuántos turnos me toca permanecer sin jugar.

Me engancho en las palabras, hay algunas que se quedan agarradas en algún lugar del cerebro y por más que lo intente no se van. Pienso en la palabra *hogar* mientras la radio da noticia de la ola de frío siberiano que ha entrado en el país durante la noche, mientras yo daba vueltas en la cama buscando la postura con la que coger el sueño: los puertos de montaña cerrados, las clases suspendidas en algunas ciudades del norte por causa de la nieve, la sugerencia de no utilizar el coche salvo en caso de extrema necesidad. Me quedo pensando en esa expresión, «extrema necesidad», y estoy a punto de llorar de nuevo. El hogar es un niño en pijama que corre a deshora por el pasillo y también la voz que desde la cocina le dice que no camine descalzo si no quiere resfriarse, que se termine el vaso de leche y se meta en la cama

de una vez. Una cama con cuatro esquinitas, un libro ilustrado en la mesilla. Extrema necesidad. Miedo de repente a la ternura que me trae una imagen como ésa. Pánico en realidad porque sé que, aun con toda su estúpida simpleza, cuando la ternura derrota, lo hace de verdad: no sé qué mierda de hilos mueve por dentro la simple visión de un juguete abandonado en un rincón, un lápiz de colorear que aparece de pronto donde no debiera estar, el cromó de un futbolista que sale envuelto en bolis de polvo al barrer debajo de la cama. No sé qué incendiarias teclas pulsa todo eso. Extrema necesidad: una mejilla suave a la hora de dar las buenas noches, el olor a frambuesa del dentífrico infantil que envolvía ese beso que ya no más. Durante el paseo, en la mesa de novedades de una librería me detuve en un álbum que recogía gran parte de la obra del fotógrafo Lewis Hine. En una de sus páginas, abierta al azar, me aguardaba una imagen para la que en esos momentos me encontraba indefenso (me pasa a menudo, miro muchas cosas que no debiera): un niño, vendedor ambulante de periódicos en los años de la Gran Depresión americana, se ha quedado dormido, agotado del todo, en la escalera de un edificio, sentado en uno de los peldaños y con la cabeza apoyada en la pila de los diarios sin vender que ha colocado un par de escalones más arriba a modo de almohada. No hay en la imagen más drama que un niño vencido por el cansancio que se esconde de los ojos de su empleador para reponer parte de las fuerzas que se ha dejado voceando la prensa por aque-

llas barriadas de aceras rotas, en las paradas de autobús y a las puertas de los edificios de oficinas. No hay en la foto herida alguna ni rastro de llantos ni torturas. No hizo falta nada de eso para que, en su momento, al contemplar aquella instantánea supiese con certeza que si, por un casual, aquel niño hubiese sido uno de mis hijos, no me hubiera sido posible dedicar ni un instante de mi vida futura a otra cosa que no fuese apedrear cristaleras, poner bombas a diestro y siniestro, asesinar cancilleres, incendiar palacios hasta caer abatido por el disparo certero de un tirador de élite parapetado tras la puerta abierta de un coche patrulla. La conclusión de esta mezcla confusa de recuerdos e ideas que actúan como si tuviesen vida propia y se posan a veces como cuervos sobre mis sesos es que las cosas por las que daría mi vida no las tengo ya. O las he perdido o me he perdido yo, pero el caso es que extendiendo las manos y no toco nada.

Dice la radio que la ventisca que ahora golpea mis cristales hace una veintena de horas atravesó Moscú. Llega a mi casa tras dejar blanqueadas las cúpulas del Kremlin y atravesar una Europa nocturna y humeante con millones de calderas de calefacción trabajando a toda máquina mientras los hombres duermen. Hace un frío enorme en esta parte del planeta. Salvo bajo el montón de mantas donde permanezco quieto en posición fetal, todo es noche y escarcha, carámbanos en los aleros, agua que se hiela dentro de las tuberías, cachorros congelados en las madrigueras. Todo silba, todo ruge ahí fuera.

Es casi imposible defenderse de la angustia cuando se trae como aliados todos los recuerdos en masa, sin clasificar, como un montón de flechas disparadas al unísono sin apuntar del todo, a ver cuál de ellas es la que logra atravesar algo de carne allá a lo lejos, cuál destroza un nervio, cuál revienta un ojo. En mis sueños me buscan ejércitos de perros y linternas, no dejan de gritar mi nombre, mis apellidos, mientras tiemblo agazapado entre los arbustos, intentando contener la respiración, no moverme en absoluto, no toser. Me despierto muchas veces en mitad de la noche, no siempre recuerdo qué estaba soñando exactamente en el momento en que me incorporé de golpe. Tengo que levantarme entonces, encender alguna lámpara, lavarme la cara. El corazón sigue latiendo a toda velocidad. Sólo sabe trabajar en una dirección, el pobre, y en su empeño de remar siempre hacia mi supervivencia, independientemente de que sea ésta razonable o no, se convierte en aliado de las tormentas. Bombea sangre sin parar, no puede hacer otra cosa, la manda hasta los vasos más lejanos a él, a las puntas de los dedos de manos y pies, al temblor de los sesos, y eso equivale a alimentar también el incansable flujo de imágenes en la mente, palabras y fantasmas, recuerdos en jauría, los rostros de quienes más echo de menos, algunos que ya se han ido del mundo para siempre y otros que ojalá lo hubieran hecho tiempo atrás, ojos que un día me miraron con amor. De vez en cuando hay instantes de tregua pero nada tan frágil y esquivo como esa calma engañosa. Se me ocurren a veces posibles abrigos contra

el desasosiego, escondites que apenas ensayo se revelan inútiles de todo punto. En busca de refugio la querencia natural hace que me incline hacia los libros que en otro tiempo, en caídas pasadas, en derrotas ya medio olvidadas, acertaron a devolverme a la vida. Pero mi capacidad de concentración es casi nula ahora. No me sirve, por tanto, una historia completa en la que zambullirme puesto que de todas salgo despedido quiera o no quiera, sino en todo caso un ambiente, un aire, una prosa medianamente habitable, cualquier pasaje aislado de un contexto que por un instante pueda crearme el espejismo de que despego de la amargura en la que se hunden mis pies al querer caminar y al menos en parte logro por unos instantes arrancarme de mí. Persigo en las palabras una familiaridad antigua, un aire hogareño por así decir, una calidez que aunque termina siempre por revelarse efímera y esquiva, logra por momentos el espejismo de alto el fuego provisional en medio de la inacabable batalla que libran mis nervios contra sí mismos. Con el mando a distancia de la televisión, busco canales en los que pongan películas clásicas o, en todo caso, que se hubieran estrenado en España como tarde en los setenta, sólo por escuchar las voces de los dobladores de entonces. Ese sonido me resulta especialmente entrañable. Sean las que sean las palabras que salgan de esos labios que nunca aparecieron en pantalla y que ahora estarán muertos, me devuelven a la salita de casa de la abuela, al chocolate rancio y la lata de leche condensada, a las galletas cogidas sin permiso de un bote de aluminio que había en

la alacena, somnolencia de domingo después de cenar con el fantasma del lunes acechando ya a la vuelta de unas pocas horas de sueño inquieto, una sofá de escay verde que se cae a pedazos y los tiroteos en blanco y negro sacándome del mundo gloriosamente, los diálogos de amor, los rascacielos, las rubias, las persecuciones.